

# Prólogo

---

## La guerra más allá

Control siempre había abogado porque el buen trabajo de inteligencia fuera gradual y descansara en una especie de delicadeza. Los matones eran la excepción a su norma. No eran graduales ni tampoco delicados...

John le Carré, *El topo*

Acompañado por policías pakistaníes, el fornido espía estadounidense fue llevado a una atestada sala de interrogatorios. En medio del estrépito de móviles que suenan y de conversaciones cruzadas entre los policías, que hablan una mezcla de urdu, punyabí e inglés, el detective trataba de descifrar los hechos del caso.

—Estados Unidos, ¿eres de Estados Unidos?

—Sí

—¿Eres estadounidense y perteneces a la embajada?

—Sí —la voz nerviosa del estadounidense retumba por encima de las conversaciones—. Mi pasaporte, en el lugar se lo mostré al agente de policía... Está en alguna parte. Se ha perdido.

En la irregular grabación de video del interrogatorio, mete la mano bajo su camisa de cuadros de franela y muestra un revoltijo de placas de identificación que cuelgan de un cordón alrededor del cuello. Era una de las pocas cosas a las que había conseguido aferrarse después de la caótica escena de la rotonda.

—Esta es una placa antigua. Esto es Islamabad.

Mostró la placa al hombre que estaba al otro lado de la mesa y después enseñó otra más reciente que probaba que trabajaba en el consulado estadounidense en Lahore.

Sonó un teléfono y uno de los funcionarios en la atestada habitación despachó rápidamente la llamada.

—Hemos detenido a un hombre de la embajada. Te volveré a llamar. El interrogatorio continuó.

—¿Trabajas en el consulado general de Lahore?

—Sí

—¿En calidad de...?

—Yo, yo trabajo ahí como asesor

—¿Asesor?

El hombre al otro lado de la mesa se muestra escéptico. Se detiene un momento y después lanza una pregunta en urdu a otro policía.

—¿Y cuál es su nombre?

—Raymond Davis —responde el oficial.

—Raymond Davis —confirma el estadounidense—. ¿Puedo sentarme?

—Por favor, adelante. ¿Quieres agua? —pregunta el oficial.

—¿Tienes una botella? ¿Una botella de agua? —pregunta Davis.

Otro oficial de la habitación se ríe.

—¿Quieres agua? —pregunta—. Sin dinero no hay agua.

Tras la silla en la que se ha sentado Davis otro policía ha entrado en la habitación y pide que le informen de las últimas noticias.

—¿Está comprendiendo todo?<sup>1</sup> ¿Y ha matado a dos hombres?

Raymond Allen Davis —antigua estrella de fútbol americano y de lucha libre en un instituto de Virginia occidental, boina verde retirado, en tiempos soldado de Blackwater, y actualmente un operario clandestino de la CIA en Pakistán— había estado navegando horas antes por el denso tráfico de Lahore, con su abundante constitución encajada en el asiento del conductor de un Honda Civic blanco. Gobernada en tiempos por los mogoles, los sijs y los británicos, Lahore es la capital cultural e intelectual de Pakistán y, durante casi una década, se había hallado en la frontera de la guerra secreta de Estados Unidos en Pakistán.

Sin embargo, para 2011 el mapa de la militancia islámica dentro de Pakistán había sido redibujado, y las facciones que antes tenían poco contacto entre sí habían establecido nuevas alianzas para sobrevivir a la campaña de drones de la CIA en las montañas occidentales. Grupos que habían concentrado la mayor parte de sus energías en fantasear con ataques sangrientos contra la India habían comenzado a alinearse más cerca de Al Qaeda y otras organizaciones sedientas de una *yihad* global. Algunos de estos grupos tenían profundas raíces en Lahore, lo cual era la verdadera razón por la que Raymond Davis y un equipo de la CIA habían iniciado operaciones desde un piso franco de la ciudad.

Pero ahora Davis estaba sentado en una comisaría de policía de Lahore, después de haber disparado a dos jóvenes que se habían acercado a su coche con las armas fuera y conduciendo una moto negra en una rotonda congestionada de coches, bicicletas y *rickshaws*. Davis había sacado su pistola semiautomática Glock y había disparado un puñado de tiros a través del parabrisas, ha-

ciendo añicos el cristal y alcanzando a uno de los hombres en el estómago, el brazo y en otra parte del cuerpo. Conforme el otro hombre escapaba, Davis bajó de su Honda y le disparó varias balas por la espalda.

Llamó por radio al consulado estadounidense pidiendo ayuda, y en pocos minutos un Toyota Land Cruiser estaba a la vista, dirigiéndose en dirección contraria por una calle de un solo sentido. Pero el coche golpeó y mató a un joven motociclista pakistaní y después se marchó dejando a Davis de pie en medio de la calle. Desperdigado en la escena del crimen había un surtido de extraña parafernalia,<sup>2</sup> que incluía una máscara negra, un centenar de casquillos y un trozo de tela con una bandera estadounidense. El móvil que estaba dentro del coche de Davis contenía fotos de instalaciones militares pakistaníes, tomadas a escondidas.

A los pocos días de las debacle de la rotonda, el director de la CIA mentiría al jefe del espionaje pakistaní en el curso de una llamada telefónica y durante un encuentro privado, negando que Davis trabajara para la CIA. El presidente Barack Obama fue impreciso durante una conferencia de prensa sobre el papel desempeñado por Davis en el país, y pidió la liberación de «nuestro diplomático en Pakistán».<sup>3</sup> El jefe de estación de la CIA en Islamabad, que había llegado al país tan solo unos días antes del tiroteo, peleó abiertamente con el embajador estadounidense, insistiendo en que Estados Unidos no dieran su brazo a torcer, ni llegaran a acuerdos, para conseguir la liberación de Davis. Dijo que el juego había cambiado en Pakistán y que ya había pasado el momento de las relaciones amistosas entre la CIA y el servicio de espionaje pakistaní.

A partir de ahora las cosas se manejarían según las reglas de Moscú,<sup>4</sup> las formas de espionaje, no escritas e implacables, que se practicaban entre enemigos durante la guerra fría.

En un instante el sangriento suceso parecía confirmar todas las conspiraciones alentadas en los atestados bazares y en los pasillos del poder: que Estados Unidos había enviado un enorme ejército secreto a Pakistán, hombres que propagaban el caos y la violencia como parte de una guerra encubierta en el interior del país. La mujer de una de las víctimas de Davis, convencida de que el asesino de su marido nunca sería llevado ante la justicia, ingirió una cantidad letal de veneno para ratas.

Pero el asunto Davis también revelaba una historia mayor. El antiguo boina verde contratado por la CIA para llevar a cabo la caza de un hombre en Pakistán era el rostro de una agencia de espionaje estadounidense que se había transformado tras una década de conflictos muy alejados de las zonas de guerra declarada. Ya no era un servicio de espionaje tradicional, dedicado a robar los secretos de gobiernos extranjeros, sino que la CIA se había convertido en una máquina de matar, una organización volcada en la caza del hombre.

Y, justo cuando la CIA había pasado a hacerse cargo de tareas asociadas tradicionalmente con los militares, con espías convertidos en soldados, tam-

bién había ocurrido lo contrario. Los militares estadounidenses se habían desperdigado por los espacios oscuros de la política exterior del país, con equipos de comandos que llevaban a cabo misiones de espionaje que Washington nunca hubiera soñado con aprobar con anterioridad al 11-S. Antes de los ataques del 11-S, el Pentágono llevaba a cabo muy poco espionaje con seres humanos, y la CIA no estaba oficialmente autorizada a matar. Durante los años transcurridos desde entonces, los dos han realizado ambas cosas en numerosas ocasiones, y ha surgido un complejo militar de inteligencia para llevar a cabo la nueva forma de hacer la guerra de Estados Unidos.

Los contornos históricos de las guerras en Afganistán e Irak ya son bien conocidos. Pero durante más de una década la guerra se ha hecho de una forma separada y paralela, un reflejo oscuro de las «grandes guerras» que Estados Unidos inició después de los ataques del 11-S. En una guerra oculta, desencadenada en todo el mundo, Estados Unidos ha perseguido a sus enemigos utilizando robots asesinos y grupos de operaciones especiales. Ha pagado a mercenarios para que establezcan redes de espionaje clandestinas y ha confiado en dictadores volubles, servicios de inteligencia extranjeros no fiables y en variados ejércitos por poderes. En lugares donde Estados Unidos no podía enviar tropas terrestres, se materializaron personajes extraoficiales para desempeñar papeles destacados, incluyendo un funcionario del Pentágono, fumador empedernido, que hizo piña con un miembro de la CIA del escándalo Irán-Contra para realizar una operación de espionaje extraoficial en Pakistán, y una heredera de la zona rural de Virginia, quien se obsesionó con Somalia y convenció al Pentágono para que la contratara con el fin de dar caza a los miembros de Al Qaeda allí presentes.

La guerra se ha extendido a lo largo de varios continentes, desde las montañas de Pakistán a los desiertos del Yemen y el norte de África, de las guerras a fuego lento de los clanes de Somalia a las densas junglas de Filipinas. Las bases de la guerra secreta fueron establecidas por un presidente republicano conservador y aceptadas por un demócrata progresista que se enamoró de lo que había heredado. El presidente Barack Obama llegó a verlo como una alternativa a las embrolladas y costosas guerras que derriban gobiernos y requieren años de ocupación estadounidense. En palabras de John Brennan, uno de los asesores más próximos del presidente Obama, al que este llegó a dar un empujón para dirigir la CIA, en lugar del «martillo» Estados Unidos ahora dependía del «escalpelo».

La analogía sugiere que este nuevo tipo de guerra no tiene costes ni provoca meteduras de pata: es una operación sin complicaciones. Y no es así: ha creado enemigos al igual que los ha eliminado. Ha instigado resentimientos entre antiguos aliados y, a veces, contribuido a la inestabilidad aunque haya tratado de proporcionar orden en el caos. Ha cortocircuitado los mecanismos normales por los que Estados Unidos como nación entra en guerra, y convertido al presidente del país en el árbitro inapelable respecto a si personas que habitan en

tierras lejanas viven o mueren. Esta forma de hacer la guerra ha tenido muchos éxitos, incluyendo el asesinato de Osama bin Laden y sus seguidores más leales. Pero también ha bajado el listón para desencadenar la guerra y, actualmente, es más fácil que Estados Unidos lleve a cabo operaciones de asesinato en los confines de la tierra que en ningún otro momento de la historia. Lo que sigue es un relato sobre un experimento que ha durado más de una década y que ha salido del laboratorio.

Sir Richard Dearlove pudo entrever el futuro justamente unas semanas después de los ataques del 11-S. Jefe del Servicio de Inteligencia secreto británico, MI6, Dearlove fue a Estados Unidos con otros funcionarios británicos de inteligencia del más alto nivel para mostrar su solidaridad con el aliado más próximo de Gran Bretaña. Dearlove llegó a la sede central de la CIA en Langley, Virginia, para transmitir personalmente el mensaje de que los espías británicos estaban abriendo sus registros y proporcionando a la CIA un acceso excepcional a los archivos del MI6 sobre miembros de Al Qaeda.

Los británicos habían enseñado a los estadounidenses las artes oscuras durante la segunda guerra mundial, pero hacía tiempo que se aproximaban al juego de los espías de manera diferente. En 1943 un miembro del Ejecutivo de Operaciones Especiales de Winston Churchill se quejaba de que «el temperamento estadounidense exige resultados rápidos y espectaculares, mientras que la política británica es, en general, a largo plazo, lenta y pesada». Remarcó los peligros de la estrategia que llevaba a cabo la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, por sus siglas en inglés), la precursora de la CIA, que dependía de hacer estallar depósitos de armas, cortar líneas telefónicas y sembrar de minas las líneas de suministro enemigas. Advertía de que los estadounidenses tenían más dinero que cerebro y la OSS «que anhelaba jugar a indios y vaqueros» solo podía crear problemas a la alianza.<sup>5</sup>

Dearlove había crecido en la clásica tradición de espionaje británica. Se había licenciado en el Queens College de Cambridge, un tradicional campo de reclutamiento de los servicios secretos británicos, y había prestado servicio en distintos destinos en el extranjero, en África, Europa y Washington. Al igual que sus predecesores, en tanto que jefe del MI6, firmaba todos los memorandos internos con su nombre en clave, C, por tradición siempre con tinta verde.

Poco después de que su avión, que llevaba las siglas de identificación ASCOT-1, aterrizase en Washington, Dearlove se encontraba dentro del Centro Antiterrorista (CTC) en la sede central de la CIA. En una gran pantalla unos funcionarios de la CIA estaban viendo un video de una furgoneta Mitsubishi de color blanco avanzando por una carretera en Afganistán. Dearlove sabía que Estados Unidos había desarrollado la capacidad de llevar a cabo la guerra por control remoto, pero nunca había visto un dron Predator en acción.

Pasaron varios minutos antes de que el Mitsubishi fuese enmarcado por el retículo en el centro del monitor de video, hasta que la explosión de un misil dejara toda la pantalla en blanco. Segundos después la imagen se aclaró para mostrar los restos de la furgoneta, retorcidos y ardiendo.<sup>6</sup>

Dearlove se dirigió a un grupo de funcionarios de la CIA, incluyendo a Ross Newland, un veterano de la agencia que unos meses antes había entrado a formar parte de un grupo que supervisaba el programa Predator. Sonrió irónicamente.

—Casi no es justo, ¿no crees?

PROPIEDAD DE  
EDITORIAL PLANETA

## Licencia para matar

Estáis ahí para matar terroristas, no para hacer enemigos<sup>1</sup>

Presidente de Pakistán Pervez Musharraf a  
la embajadora de Estados Unidos, Wendy Chamberlin,  
14 de septiembre de 2001

Se atenuaron las luces en la Sala de Situaciones de la Casa Blanca y los hombres de la CIA comenzaron el pase de diapositivas.

Las fotografías se habían hecho apresuradamente, estaban borrosas y desenfocadas. Algunas eran de hombres que se subían a un coche o que caminaban por la calle. La escena en la oscurecida habitación semejaba una película de la mafia, en la que miembros del FBI beben café a sorbos y pasan fotos de jefes mafiosos. Sin embargo, en este caso, las imágenes se correspondían a hombres a los que la CIA proponía matar.

Reunidos alrededor de la mesa estaban todos los hombres del vicepresidente, incluyendo el asesor legal David Addington y el jefe de gabinete Lewis Libby, un veterano de Washington conocido como «Scooter» (escúter). En la cabecera de la mesa el vicepresidente, Dick Cheney, miraba el fichero de diapositivas de delincuentes con sumo interés. Era un día frío de finales de otoño de 2001, justo unas semanas después de que el presidente George W. Bush hubiera firmado una orden secreta que daba a la CIA la potestad que había perdido en los años setenta, después de que una serie de revelaciones terribles y, a veces cómicas, sobre los intentos de asesinato de la CIA llevase a la Casa Blanca a prohibir a la agencia de espionaje exterminar enemigos de Estados Unidos. Aquel día en la Sala de Situaciones la CIA estaba informando a la Casa Blanca de cómo pretendía utilizar su recién adquirida licencia para matar.<sup>2</sup>

Los dos agentes de la CIA que dirigían la presentación, José Rodríguez y Enrique Prado, dijeron al grupo que el Centro Antiterrorista estaba captando a miembros de la CIA para un nuevo programa extremadamente clasificado: un proyecto para infiltrar pequeños equipos de asesinos en otros países con el fin de perseguir y matar a las personas que la administración Bush había señalado para ser asesinadas. Entre las fotografías había una de Mamoun Darkazanli, un sirio que la CIA creía que había ayudado a organizar los ataques del 11-S y que estaba viviendo sin ocultarse en Alemania. También había una foto del Dr. Abdul Qadeer Khan, un héroe en Pakistán por su trabajo para desarrollar la bomba atómica de ese país, pero un delincuente en Occidente por transferir en secreto tecnología nuclear a Irán, Libia y otros estados parias. Al sacar cada fotografía de cerca la CIA estaba transmitiendo un mensaje inquietante e inequívoco: podemos acercarnos lo suficiente como para sacar fotografías, por tanto, podemos acercarnos lo suficiente como para matarlos.

Pero detrás de la bravuconada había preguntas sin responder. ¿Cómo conseguiría la CIA que sus equipos se colaran sin ser detectados en Alemania, Pakistán y otros países? ¿Acaso, realmente, un grupo de asesinos estadounidenses podría establecer una red de vigilancia y, después, en un momento determinado, conseguir colocar una bala en la cabeza de su objetivo? La agencia no había resuelto la logística, pero Rodríguez y Prado no habían acudido a la Casa Blanca para responder a preguntas detalladas sobre las operaciones. Simplemente estaban pidiendo permiso.

Cheney les dijo que se pusieran a trabajar.

El presidente George W. Bush, hijo de un antiguo director de la inteligencia central\* por el cual la agencia había rebautizado su sede central en Langley, heredó un servicio de espionaje reducido y desanimado, una sombra de lo que había sido durante la guerra fría. Pero durante los últimos meses de 2001, Bush había encargado a la CIA una cacería global, y su desempeño había pulido la imagen de sí misma de la agencia como ágil y entusiasta con las exigencias del comandante en jefe, la antítesis del pesado y burocrático Pentágono.

Ahora la CIA estaba llevando a cabo una guerra secreta bajo la dirección de la Casa Blanca, y el anteriormente ignorado CTC de la agencia se había convertido en el frenético puesto de mando de la guerra. En tiempos el centro había sido un lugar atrasado de la CIA, visto por muchos dentro de Langley como una colección de extraños fanáticos que habían acabado allí después de fracasar en misiones más prestigiosas. Pero tras los ataques del 11-S el CTC

\* Antes de 2005 el director de la CIA tenía el título oficial de director de la inteligencia central, o DCI.



inició la expansión más drástica de su historia, y a lo largo de una década se convertiría en el corazón palpitante de la CIA.

Cientos de agentes clandestinos y analistas fueron sacados de los departamentos de Asia y Rusia y asignados al laberinto de cubículos creados a toda prisa y encajados dentro del centro de operaciones del CTC. La disposición se hizo tan compleja que la gente tenía dificultades para encontrar a sus colegas. Se colocaron carteles indicadores de cartulina para ayudar a la gente a encontrar los cubículos situados a lo largo de la «Calle Osama bin Laden»<sup>3</sup> y el «Camino Zawahiri». Al final se colocó un letrero encima de la puerta del centro: un recordatorio constante y opresivo de que podía producirse otro ataque en cuestión de días o incluso minutos. La señal rezaba: «HOY ES 12 DE SEPTIEMBRE DE 2001».

Para dirigir el torbellino de los primeros meses de la guerra estaba J. Cofer Black, un llamativo funcionario que había estado obsesionado con capturar a Osama bin Laden desde que dirigía la estación de la CIA en Jartum, la capital de Sudán, cuando Bin Laden vivía exiliado en ese país. Black había cultivado una imagen dentro de la CIA como de un cruce entre un científico loco y el general George Patton. El 11-S, cuando algunos temían que el último avión secuestrado podía dirigirse a Langley, Black no permitió que los funcionarios del Centro Antiterrorista evacuaran la sede de la CIA junto al resto del personal de la agencia.

Durante los meses siguientes, el director de la CIA George Tenet casi nunca acudía a la Casa Blanca sin que estuviera Black a su lado, y se creó una mitología sobre la determinación de Black de matar tantos operarios de Al Qaeda como fuera posible.<sup>4</sup> Durante una reunión en el Despacho Oval dos días después de los ataques, Bush preguntó a Black si la CIA sería capaz de cumplir su nueva misión, que implicaba infiltrar equipos de paramilitares en Afganistán para que se aliaran con los señores de la guerra afganos y lucharan contra los talibanes. Utilizando una hipérbole macabra, Black afirmó que para cuando la CIA hubiese acabado con Al Qaeda, Bin Laden y sus correligionarios «tendrían moscas rondando los globos oculares».<sup>5</sup> Esa era la manera de expresarse que le gustaba escuchar a Bush, e inmediatamente simpatizó con el grandilocuente jefe antiterrorista. Pero algunos miembros del gabinete de guerra del presidente se avergonzaban de su lenguaje de machito y comenzaron a referirse a Black como «el tipo de las moscas en los globos oculares».<sup>6</sup>

El elevado estatus de Black con aquellos que contaban en la Casa Blanca produjo roces dentro de la CIA y constantes disputas con su jefe, James Pavitt, al que consideraba débil y falto de imaginación. Pavitt dirigía la Dirección de Operaciones, la rama de la agencia responsable de todo el espionaje en el extranjero y las misiones de acciones encubiertas, y pensaba que Black era un fanfarrón y un imprudente. Creía que Black estaba demasiado ansioso porque la CIA se involucrara en el tipo de hazañas en el extranjero que habían sido una

constante fuente de problemas para la agencia, y en los años previos a los ataques del 11-S habían discutido vehementemente sobre si la CIA debía aceptar el Predator armado para perseguir y matar a Bin Laden en Afganistán.

Pero el éxito de la estrategia inicial de la CIA en Afganistán a finales de 2001 fue una victoria para Black y el CTC, y parecía demostrar a los detractores de la CIA que había ventajas en la existencia de un pequeño conjunto de funcionarios dentro de la CIA que dirigieran una campaña contra una organización dispersa como Al Qaeda. Equipos de oficiales paramilitares de la CIA, a los que posteriormente se les unieron boinas verdes del ejército, habían convertido a una andrajosa colección de milicianos afganos en un ejército conquistador. A lomos de caballos y de oxidados vehículos blindados de la época soviética, los afganos condujeron a los talibanes de Kabul a Kandahar.

El extraño y nuevo conflicto había cambiado drásticamente la manera en que Estados Unidos hacía la guerra. La cadena de mando tradicional en tiempos de guerra —que iba desde la Casa Blanca al secretario de Defensa y a un general de cuatro estrellas con un equipo de cientos de subordinados para crear y ejecutar un plan de guerra— fue eludida discretamente. Ahora el director de la CIA era un comandante militar que dirigía una guerra clandestina y global con un equipo mínimo y muy poca supervisión. Tenet comenzó a impulsar agresivamente el crecimiento de equipos paramilitares de la CIA en Afganistán, y le vendió a la Casa Blanca un programa para capturar terroristas, retenerlos en cárceles secretas y someterlos a un régimen orwelliano de métodos de interrogatorio brutales. Solo Bush, Cheney y un pequeño grupo dentro de la Casa Blanca tomaban las decisiones sobre quién debía ser capturado,<sup>7</sup> asesinado o perdonado.

Este fue un cambio abrupto para Tenet, a quien, durante los años anteriores a los ataques del 11-S, le gustaba decir a sus jefes de la Casa Blanca que los funcionarios de la CIA deberían permanecer alejados del proceso de hacer política. Evocaba una imagen casi monástica de los espías en Langley, llevando a cabo valoraciones de inteligencia, mientras que los del «otro lado del río», en la Casa Blanca y el Congreso, tomaban decisiones basadas en esas valoraciones. James Pavitt, que más tarde diría a los investigadores de la Comisión del 11-S que una de las lecciones del escándalo Irán-Contra de los años ochenta «había sido que no hacemos política en [Langley]<sup>8</sup> y no queréis que la hagamos».

Si esa idea había sido algo así como un mito útil, ciertamente a finales de 2001 la CIA ya no podía afirmar que se mantenía alejada de las conflictivas decisiones sobre la guerra y la paz. Bush exigía que Tenet fuera al Despacho Oval cada día para informar al presidente —era la primera vez desde la fundación de la agencia que el director de la CIA, en lugar de un analista de nivel bajo, llevaba a cabo la sesión informativa habitual en la Casa Blanca—. Al igual que sus predecesores de la CIA, Tenet estaba deseoso de acceder al presidente, y cada mañana él y Cofer Black llegaban a la Casa Blanca con el catálo-

go de complots y conspiradores terroristas para contar a un público embelesado las medidas que estaba tomando la CIA para proteger al país. Las audiencias diarias con el presidente convirtieron a Tenet y a la CIA en indispensables para la Casa Blanca, que tenía un apetito insaciable de informaciones sobre cualquier amenaza.

Pero esa atención de alto nivel también comenzaba a tener un efecto distorsionador sobre los análisis que realizaba la CIA, haciendo que fuera más reducido y táctico. Ahora había cientos de analistas de la CIA dedicados a trabajar sobre terrorismo, lo cual era comprensible después de un ataque que había matado a casi tres mil estadounidenses. Pero enseguida se hizo obvio para los analistas que el camino para conseguir hacer una carrera en la CIA era comenzar a trabajar en terrorismo, con el objetivo de crear algo que pudiera ser expuesto al presidente a primera hora de la mañana dentro del Despacho Oval. Y en lo que más interesada estaba la Casa Blanca era en pistas sobre las idas y venidas de determinados operadores de Al Qaeda, y no amplios temas como el nivel de apoyo que tenía Al Qaeda en el mundo musulmán o el impacto que pudieran tener las operaciones militares y de inteligencia estadounidenses en la radicalización de una nueva generación de activistas. La CIA centró sus esfuerzos en consecuencia.

Incluso el lenguaje del arte del espionaje estaba cambiando gradualmente. Los oficiales de caso y analistas de la CIA solían utilizar la expresión «determinación de un objetivo» cuando tomaban decisiones sobre qué funcionarios de gobiernos extranjeros debían ser elegidos para ser informados o qué ciudadanos extranjeros podían convertirse en informantes de la CIA. Al final, «determinación de un objetivo» llegó a significar algo muy diferente para los analistas que se trasladaron al Centro Antiterrorista: quería decir localizar a alguien que era considerado una amenaza para Estados Unidos, capturarlo o matarlo.

Las peleas entre Cofer Black y James Pavitt se intensificaron, y a principios de 2002 Black había decidido abandonar el servicio clandestino y aceptar un trabajo en el Departamento de Estado.<sup>9</sup> Su sustituto fue José Rodríguez, que había sido uno de los más altos funcionarios del CTC y el humilde contrapunto de Black. Cofer Black tenía experiencia en Oriente Medio y formaba parte del puñado de funcionarios de la CIA con conocimiento íntimo sobre la red terrorista que dirigía Osama Bin Laden; Rodríguez nunca había prestado servicios en el mundo musulmán y no hablaba árabe. Pero era muy cercano a Pavitt, y algunos funcionarios clandestinos sospechaban que a Rodríguez le habían colocado en el centro para que Pavitt pudiera vigilar a Black. Nativo de Puerto Rico e hijo de profesores, Rodríguez se había unido a la agencia de inteligencia a mediados de los años setenta, después de licenciarse en la facultad de Derecho de la Universidad de Florida. Su carrera clandestina había transcurrido mayoritariamente en la división de América Latina, el centro neurálgico de las aventuras de la CIA en Nicaragua, El Salvador y Honduras durante los

años ochenta. Pero en esa época Rodríguez seguía siendo demasiado subalterno como para evitar verse involucrado en las investigaciones Irán-Contra que paralizarían esa división durante años. Rodríguez estaba bien valorado dentro del servicio clandestino, pero nunca se había distinguido como uno de los mejores oficiales de caso en su grupo de coetáneos de la CIA. Había prestado servicio en una serie de estaciones de la CIA en América Latina, incluyendo Bolivia y México, y se había creado una imagen de inconformista al que le gustaba echar la culpa a los burócratas de Langley, de los que pensaba que hacían una microgestión de las operaciones de campo. Le encantaba montar a caballo y, mientras fue jefe de estación en Ciudad de México, llamó a su caballo favorito *Business* («negocios»), y ordenaba a sus subordinados que si alguno de los jefes de Langley llamaba preguntando por su paradero, debían decir que Rodríguez estaba haciendo negocios.\*<sup>10</sup>

Cuando se hizo cargo de la división de América Latina, en 1995, esta volvía a estar en desorden. John Deutch, segundo director de la CIA con el presidente Clinton, acababa de expulsar a un cierto número de oficiales de caso por lo que la CIA llama, de manera eufemística, contactos íntimos y continuados con ciudadanos extranjeros. En otras palabras, los hombres de Latinoamérica estaban teniendo aventuras ilícitas, y había preocupación respecto a que su promiscuidad pudiera hacerles vulnerables al chantaje. A su vez, Rodríguez pronto se encontró con problemas. Cuando un amigo de la infancia fue arrestado en la República Dominicana acusado de tráfico de drogas, Rodríguez intervino para que la policía dominicana dejara de pegar a su amigo mientras permanecía en la cárcel. Claramente era un conflicto de intereses que el jefe de la división de Latinoamérica de la CIA interviniera con un gobierno extranjero en nombre de un amigo, y el inspector general de la agencia de espionaje reprendió a Rodríguez por mostrar una notable falta de juicio. Fue apartado del cargo.<sup>11</sup>

Sin embargo, en 2001 su carrera se había recuperado, y Rodríguez se encontró entre una serie de latinoamericanos —incluyendo su amigo Enrique Prado— que ayudaban a llevar a cabo la nueva guerra de la CIA. Se convirtió en un habitual de los encuentros diarios de las cinco de la tarde en torno a la mesa de reuniones de Tenet, en las que los funcionarios de alto nivel de la CIA recibían actualizaciones diarias desde el campo de batalla sobre operaciones en Afganistán y otros lugares. Fue durante una de esas sesiones en la que Rodríguez hizo una sugerencia improvisada que daría lugar a una de las decisiones más funestas de la administración Bush.

La cuestión que se planteaba al grupo era qué hacer con todos los combatientes talibanes que las tropas estadounidenses y los funcionarios de la CIA estaban capturando en Afganistán. ¿Dónde se les podía retener a largo plazo?

\* Juego de palabras intraducible, puesto que se basa en el doble sentido de *on Business* que puede significar hacer negocios o estar encima de *Business*, el nombre del caballo. (*N. del t.*)

La reunión se convirtió en una tormenta de ideas, con varios miembros de la CIA sugiriendo países que podrían estar dispuestos a aceptar a los detenidos. Un funcionario sugirió la cárcel de Ushuaia, en Tierra de Fuego (Argentina), un instalación desolada en el culo del mundo. Otro sugirió las Islas del Maíz, dos pequeñas motas en el Caribe frente a la costa de Nicaragua. Pero todas estas propuestas fueron descartadas por ser opciones no realistas. Finalmente Rodríguez proporcionó una idea, casi en broma.

—Bueno, podríamos llevarlos a la Bahía de Guantánamo —dijo.

Todos los que estaban alrededor de la mesa rieron, pensando en lo mucho que irritaría a Fidel Castro si Estados Unidos encarcelara a los prisioneros de su nueva guerra en la base militar estadounidense en Cuba. Pero cuanto más pensaban en la posibilidad, más creían todos que realmente Guantánamo tenía sentido. Era una instalación estadounidense, y el destino de la prisión no se vería amenazado como podría ocurrir en otro país si su gobierno cambiaba de liderazgo y decidía expulsar a los prisioneros de Estados Unidos. Y los funcionarios de la CIA pensaban que una cárcel en Guantánamo estaría fuera de la jurisdicción de los tribunales estadounidenses. Parecía un lugar perfecto.

Cuba se convirtió en la principal recomendación para una nueva cárcel estadounidense y, pronto, la agencia construiría su nueva prisión secreta en un extremo del complejo carcelario de Guantánamo. Un edificio de máxima seguridad, apodado Strawberry Fields («campos de fresas») por los miembros de la CIA porque, presumiblemente, los prisioneros estarían allí,<sup>12</sup> como cantaban los Beatles, para siempre.

En un campo de batalla caótico, a más de 11.000 kilómetros de distancia de Washington, la primera guerra del siglo XXI estaba resultando ser un asunto mucho más conflictivo de lo que había parecido al principio dentro del laberinto de cubículos de la CIA o en una pulcra presentación de PowerPoint realizada en oficinas con paneles de madera en los pisos altos del Pentágono. A principios de 2002 no era ni una guerra abierta diaria ni una paz prometedor, sino un conflicto crepuscular asediado por rivalidad y desconfianza entre soldados y espías. Las misiones estadounidenses a menudo se basaban en fragmentos de inteligencia de fuentes poco fiables, como cuando docenas de SEAL de la Marina y marines pasaron ocho días excavando tumbas en un complejo de cuevas en Zhawar Kili, en el este de Afganistán, basándose en informaciones que decían que Osama bin Laden podría haber muerto en un reciente ataque aéreo de la base. Confiaban en exhumar el cadáver de Bin Laden y proporcionar una razón para acabar la guerra en Afganistán transcurridos tan solo tres meses. Sacaron un puñado de cuerpos,<sup>13</sup> pero no encontraron aquello que estaban buscando.

A veces la mala comunicación entre la CIA y los militares tenía resultados mortales. El 23 de enero, un equipo de boinas verdes del ejército lanzó un ata-

que en la oscuridad de la noche a dos recintos en Hazar Qadam, a unos 160 kilómetros al noreste de Kandahar. El complejo consistía en varios edificios ubicados en el lateral de una colina. Mientras un helicóptero de combate AC-130 sobrevolaba, dos equipos atacaron el complejo de manera simultánea.<sup>14</sup>

Ráfagas de disparos entrecortados de AK-47 surgieron de los edificios mientras los equipos hacían un agujero en los muros exteriores. Los estadounidenses respondieron al fuego enemigo y comenzaron a moverse de una habitación a otra, mientras algunos de ellos luchaban mano a mano con los hombres armados sospechosos de ser talibanes. Cuando acabó la misión los americanos habían matado a más de cuarenta personas dentro del complejo, y el AC-130 había reducido la estructura a escombros.

Pero de lo que se enteraron los soldados cuando regresaron a su base es que, unos días antes, la CIA había apartado a los hombres de los dos complejos de los talibanes y les habían convencido para que lucharan con el otro bando. Esa noche colgaba de una pared de los edificios la bandera del nuevo gobierno de Afganistán, dirigido por Hamid Karzai. La CIA nunca había dicho al comando de operaciones especiales que las docenas de afganos que vivían en el complejo ahora eran sus aliados.

La confusión en Afganistán era en parte resultado de la agitación habitual en el campo de batalla, pero también tenía su origen en las disputas entre el Pentágono y la CIA por la supremacía en el nuevo conflicto estadounidense. Al secretario de Defensa Donald Rumsfeld le había escocado que equipos paramilitares de la CIA hubieran sido los primeros en llegar a Afganistán. No era solo una cuestión de logística, aunque era cierto que los pelotones de boinas verdes habían visto retrasada su llegada por el mal tiempo y los problemas para tener acceso a bases alrededor de Afganistán. Se trataba de que, al inicio, la invasión fue concebida y dirigida por la CIA con los militares jugando un papel de apoyo. La habilidad de la CIA para moverse más rápido que los militares con tan solo una pequeña parte del presupuesto y personal del Pentágono reconcomía a Rumsfeld, quien comenzó por revisar la burocracia del Pentágono para asegurarse de que no volviera a pasar.

Rumsfeld había estado luchando para modernizar un Departamento de Defensa que veía como rígido y demasiado controlado por servicios militares provincianos, devorados por la protección de sus preciados sistemas de armamento. Antiguo secretario de Defensa durante la administración Ford, Rumsfeld había regresado al Pentágono después de su exitoso paso por el mundo de los negocios. Había amasado una fortuna en la compañía farmacéutica G. D. Searle, donde había lanzado productos exitosos como NutraSweet y Metamucil de naranja, y cuando se encargó del Pentágono dejó claras sus intenciones: quería aplicar las leyes del sector privado a un entumecido Departamento de Defensa.

Con sesenta y nueve años, Rumsfeld pronto se convertiría en el secretario de Defensa más viejo de la historia de Estados Unidos, y sus frecuentes quejas

sobre el despilfarro del Departamento de Defensa a veces tenían el tono de las batallitas sobre la vida durante la Gran Depresión. Sus esfuerzos para rehacer el Pentágono produjeron inmediatas comparaciones con los de Robert McNamara, el secretario de Defensa durante las administraciones de Kennedy y Johnson, que llegó de la Ford con sus chicos listos, decidido a cambiar la cultura del Pentágono. Algunos generales desalentados por el enfoque de Rumsfeld, denominaron al grupo de hombres de negocios entrados en años como los «chicos jadeantes». Cuando el vuelo 77 de American Airlines chocó contra la fachada occidental del Pentágono en la mañana del 11 de septiembre de 2001, los militares ya habían frustrado muchos de los intentos más ambiciosos de Rumsfeld de suprimir las caras armas de la época de la guerra fría. Había muchas especulaciones en Washington respecto a que Rumsfeld podía ser el primer miembro de primer nivel de la administración Bush en dejar el cargo. Pero, a lo largo del año siguiente, pronto se convirtió en el miembro más visible y popular del gabinete del presidente Bush. Estados Unidos expulsó a los talibanes de las ciudades afganas en diciembre de 2001, utilizando un plan de guerra innovador por el que Rumsfeld recibió reconocimiento público y sus ruedas de prensa francas y de perfil alto le convirtieron en la cara pública de la venganza de la Administración Bush por los ataques terroristas que habían acabado con casi tres mil estadounidenses. Rumsfeld no medía las palabras o utilizaba la jerga militar cuando se refería a los objetivos de la guerra. Hablaba de matar talibanes.

Rumsfeld también vio muy pronto que gran parte de la nueva guerra se llevaría a cabo en rincones oscuros del mundo, lejos de las zonas de guerra declaradas. No se parecería en nada a las escaramuzas de infantería del siglo XIX, la lucha en las trincheras de la primera guerra mundial o las batallas de carros de combate de la segunda guerra mundial. El Pentágono necesitaba empezar a mandar soldados a lugares donde —por ley y tradición— solo los espías habían sido autorizados a ir. Por ejemplo, en la época el Pentágono no tenía una célula consagrada a tareas antiterroristas, como el Centro Antiterrorista de la CIA, pero a las pocas semanas de los ataques del 11-S, Rumsfeld propuso crear una por su cuenta, solo que mayor. En un memorando al director de la CIA, Tenet, Rumsfeld escribió: «Por todo lo que escucho, el CTC es demasiado pequeño como para realizar un trabajo veinticuatro horas al día, siete días a la semana», y envió a Tenet una propuesta describiendo su plan para crear una Fuerza Especial Conjunta de Inteligencia con objeto de combatir el terrorismo, una organización completamente nueva<sup>15</sup> que podía proporcionar al Pentágono el control de la nueva guerra.

Cuatro días después de enviar la propuesta a Tenet, Rumsfeld plasmó sus pensamientos sobre el alcance de la nueva guerra en un memorando ultra secreto para el presidente Bush. La guerra sería global, decía, y Estados Unidos necesitaba ser muy honesto sobre sus objetivos finales. «Si la guerra no cambia

de manera significativa el mapa político mundial —escribió al presidente—, Estados Unidos no alcanzará sus objetivos.»<sup>16</sup>

El Pentágono aún no tenía la maquinaria a punto para llevar a cabo esa guerra, y Rumsfeld lo sabía tan bien como cualquier otro. Había mucho que hacer.

Una noche clara de principios de febrero de 2002, tres hombres afganos y un joven saltaron desde una camioneta blanca a la oscuridad, con sus ropas ondeando a su alrededor mientras los rotores de un helicóptero militar estadounidense levantaban polvo en el aire. Saludaban con las manos ampliamente mientras un grupo de comandos se les acercaba con los cañones de sus armas apuntando hacia delante.<sup>17</sup>

A unos 65 kilómetros al norte, en un centro de operaciones improvisado, adyacente a la terminal de pasajeros bombardeada del aeropuerto de Kandahar, tropas de operaciones especiales contemplaban cómo se desarrollaba la operación en una señal de video proporcionada por un dron de la CIA. El comandante de operaciones especiales, capitán de la marina Robert Harward, se hizo con un teléfono seguro y llamó a sus jefes en Kuwait para hablarles de los cautivos. Dijo que el mulá Khairullah Khairkhwa, el líder talibán que todos habían estado persiguiendo, ahora estaba detenido.

Hubo una larga pausa al otro lado del teléfono. Finalmente el teniente general Paul Mikolashek, en Kuwait, habló.

—Si no son las personas adecuadas —dijo—, ¿serás capaz de devolverlas?

Harward lanzó una mirada de perplejidad a los demás oficiales en el centro de mando. Tomó aire para permitir que su ira se pasase, aseguró al general que los detenidos, que acababan de ser esposados y metidos en un helicóptero y volaban de regreso a la base de Kandahar, podrían —si fuera necesario— ser devueltos al lugar en el que habían sido arrestados.

De lo que se acababa de enterar, pero Harward aún no sabía, era que no eran el mulá Khairkhwa y sus ayudantes los que estaban dentro del helicóptero. Khairkhwa, el ministro del Interior talibán, iba en otra furgoneta blanca que acababa de cruzar la frontera en dirección a Pakistán. Y la CIA lo sabía.

Era el cuarto mes de la guerra en Afganistán y las tropas estadounidenses llegaban al país en grandes cantidades. Se acababa de instaurar un nuevo gobierno en Kabul y el mulá Khairkhwa se había pasado días negociando con el hermanastro del nuevo presidente afgano, Ahmed Wali Karzai, sobre cómo entregarse y convertirse en informador de la CIA. El propio Ahmed Wali estaba en la nómina de la CIA —una alianza que años después sería una fuente de tensiones entre la CIA y los militares en Kabul— y los espías estadounidenses enviaron el mensaje al mulá Khairkhwa de que podía evitar el arresto y una larga estancia en la cárcel recién construida en Guantánamo.



Pero, después de varios días de negociaciones, el mulá Khairkhwa no estaba seguro de si podía fiarse de los estadounidenses. Telefonó a otro comandante talibán para decirle que estaba pensando escapar a Pakistán; la llamada fue interceptada por espías militares estadounidenses. Los oficiales de inteligencia advirtieron a Mikolashek, que le dijo al capitán Harward, en Kandahar, que capturase al ministro talibán antes de que llegase a la frontera. Los helicópteros despegaron y se dirigieron al sur para recoger a Khairkhwa, y con el Predator de la CIA, que estaba siguiendo su camioneta blanca, abriendo camino.

Pero la CIA tenía otros planes. La guerra en Afganistán había obligado a la agencia de espionaje a una proximidad mucho mayor con la agencia de espionaje pakistaní, el Directorio para la Inteligencia Inter Servicios (ISI), y los funcionarios de la CIA pensaban que serían capaces de hacer que los espías pakistaníes capturaran al mulá Khairkhwa y animarle a que se convirtiera en informante. O, al menos, una detención destacada de un líder talibán en Pakistán proporcionaría a Islamabad algo de benevolencia en Washington.

Poco después de que los helicópteros militares despegaran de Kandahar, el dron de la CIA dejó de seguir la camioneta de Khairkhwa, dejando a las tropas del helicóptero ciegas respecto a la localización de su objetivo. Funcionarios de inteligencia dentro del puesto de mando de operaciones especiales comenzaron a gritar por teléfono para retomar la vigilancia del Predator. Pasaron varios minutos antes de que llegara un segundo Predator de la CIA y comenzara a seguir a una camioneta blanca completamente diferente.

Ahora la CIA estaba llevando a los comandos del helicóptero al objetivo erróneo, mientras que el mulá Khairkhwa y su séquito aceleraban al atravesar la frontera desértica en Spin Boldak y penetrar en Pakistán. Días después, tras varias rondas más de negociaciones infructíferas para convertir a Khairkhwa en informante, las fuerzas de seguridad pakistaníes le apresaron en la casa donde se ocultaba, en el pueblo de Chaman. Los espías pakistaníes entregaron al líder talibán a miembros de la CIA en Qetta (Pakistán) y el mulá Khairkhwa comenzó su largo viaje hasta Guantánamo. Se convirtió en uno de los primeros prisioneros de la cárcel isleña.<sup>18</sup>

Respecto a los tres hombres y el joven que habían sido arrestados y llevados a un lugar de detención en Kandahar, fueron subidos de nuevo a helicópteros y volaron 65 kilómetros en dirección sur, donde su furgoneta estaba en el mismo sitio en que se encontraba antes de que los helicópteros estadounidenses les tendieran una emboscada. Los afganos fueron devueltos a su camino con varias cajas de alimentos militares listos para consumir. Por respeto a la fe de los detenidos, habían quitado comida que contenía cerdo.

PROPIEDAD DE  
EDITORIAL PLANETA